

1.1 Naturaleza y cocina: Género y diálogos alrededor de la tulpa^(a).

- Kitchen and nature: Gender and dialogs around the tulpa.

Alejandra María Rodríguez Guarín (1)
Corporación Universitaria Comfacauca
investigarte@unicomfacauca.edu.co

Salomón Rodríguez Guarín (3)
Corporación Universitaria Comfacauca
decanaturahumanidades@unicomfacauca.edu.co

Leidy Consuelo Torres Collazos (2)
Corporación Universitaria Comfacauca
ltorres@unicomfacauca.edu.co

Mabel Cristina Calvache Muñoz (4)
Corporación Universitaria Comfacauca
mcalvache@unicomfacauca.edu.co

Fecha de Recepción: 2 de Marzo de 2019 / Fecha de Aceptación: 4 de Mayo de 2019

(a): Este es un artículo de reflexión resultado de procesos de investigación asociados a nuestros campos de estudio y trabajo en el grupo de investigación Investigarte Unicomfacauca; una de sus líneas de trabajo es cultura y prácticas tradicionales, cuyos ejercicios académicos y acciones han girado en torno a estas temáticas. Igualmente, se constituye en uno de los primeros resultados del proceso etnográfico adelantado en el proyecto de Convocatoria Interna 2017: Dulces caucanos sabores y saberes: revitalización del patrimonio biocultural alimentario, el cual fue ejecutado en 2018.

Resumen: Este texto pretende esbozar a través del diálogo generacional algunas relaciones de alteridad dadas en la interrelación cultural enunciada desde un lugar tradicional: la “tulpa”, naturalizado como la “cocina”. Para ello, se recurre a elementos de la etnografía que permiten a los protagonistas describir aspectos cotidianos, que dimensionan la diferencia entre lo público y lo privado, ejemplificada en su injerencia en las construcciones de género, reproducidas como un deber ser occidentalizado. El escrito, invita a un acercamiento a la intimidad de las “tulpas” y evidencia desde otras miradas diversos estereotipos de género, casi infranqueables, que aún persisten. Así, la tulpa se convierte en un adjetivo femenino, doméstico e inmaterial, en un tiempo y espacio construidos y reproducidos continuamente en el entorno familiar y comunitario.

Palabras clave: Tulpa, cocina y naturaleza, tradiciones, género.

Abstract: This text tries to outline across the generational dialog some relations of otherness given in the cultural interrelationship enunciated from a traditional place: the “tulpa”, naturalized as the “kitchen”. For it, one resorts to elements of the ethnography that allow to the protagonists to describe daily aspects, which measure the difference between the public thing and the private thing, exemplified in his interference in the constructions of kind, reproduced as a duty to be westernized. The writing, he invites to an approximation to the intimacy of the “tulpas” and evidence from other looks diverse stereotypes of kind, almost impassable remaining gaps. This way, the “tulpa” turns into a feminine, domestic and immaterial adjective, into a time and space constructed and reproduced constant into the familiar and community environment.

Keywords: Tulpa, cuisine and nature, traditions, gender.

Entrada:

Preparaciones iniciales en medio de las relaciones de género y poder.

Doña María, salió temprano de su casa para ir a su antigua morada, ubicada a tres kilómetros sobre un camino de terracería, en el Corregimiento de Gualmatán, en la ciudad de Pasto -departamento de Nariño, Colombia-. Ese día lluvioso y húmedo, fue el escenario propicio para narrar durante el trayecto,

historias de su familia y de su llegada al lugar, como un ejercicio de remembranza y memorias de hace más de veinte años. En repetidas ocasiones doña María miraba el camino, un poco enlodado por tanta lluvia, y asentía con una sonrisa que faltaba poco.

Cuando lo divisó, ella se internó entre la milpa por una vereda hasta llegar a una morada abandonada casi en ruinas. Con voz tenue, pero firme, rememoraba en la ruta, su pasado y sus historias de arduo trabajo al lado de su familia, así como sus conversaciones

1. Estudiante de Doctorado en Antropología (Universidad del Cauca), Magister en Estudios Interdisciplinarios del Desarrollo (Universidad del Cauca); Especialista en Gestión de Proyectos (Universidad Libre); e, Ingeniería de Alimentos (UNAD). Docente Asociada adscrita a la Fac. de Humanidades, Artes, Ciencias Sociales y de la Educación de la Corporación Universitaria Comfacauca.

2. Politóloga y Magister en Antropología de la Universidad del Cauca, actualmente estudiante del Doctorado en Antropología de la misma Universidad. Docente Tiempo Completo en la Corporación Universitaria Comfacauca.

3. Magister en Filosofía (Universidad del Valle); Especialista en Humanidades Contemporáneas (Universidad Autónoma de Occidente); y, Licenciado en Filosofía (Universidad del Cauca). Decano Facultad de Humanidades, Artes, Ciencias Sociales y de la Educación de la Corporación Universitaria Comfacauca y investigador grupo Antropos de la Universidad del Cauca.

4. Ingeniera Agroindustrial (Universidad del Cauca) y Magister en Ingeniería de Alimentos (Univalle). Docente Investigadora Fac. de Humanidades, Artes y Ciencias Sociales, de la Corporación Universitaria Comfacauca.

alrededor de la tulpa o el fogón. Esa tulpa cobraba vida al dar calor e iluminar el interior de la antigua morada, construida hace más de seis décadas por manos anónimas, a partir de una técnica heredada generacionalmente de cómo hacer casas de tapia a base de adobe y madera, junto con otros materiales perennes, varas y algunos pocos metales en puntos clave. La casa, en total dos cuartos y una fosa séptica a unos metros de ésta, mide aproximadamente tres por cuatro metros y su piso es de tierra. Su ingreso es por la cocina, lugar elegido para las largas conversaciones alrededor de la tulpa, seguido del cuarto donde esperaban toda la familia de doña María para consumir sus preparaciones, y donde luego de largas conservaciones sobre la jornada, dormían cada noche.

Trayendo consigo un micro-relato impregnado de detalles y notas coloquiales, la palabras de doña María y don José, permiten traer a escena la relación de las evocaciones del pasado en la configuración de entramados culturales, una noción que integra tanto lo biológico representado en la flora y fauna como a lo cultural, referente a aquellas prácticas que adoptamos los grupos humanos y que nos distinguen entre unos y otros, de acuerdo a: sistemas de creencias, simbolismos, representaciones, idiosincrasias, tradiciones y acciones, que integran una identidad compartida.

En cierta forma podríamos estar hablando, como lo menciona Ávila y Vásquez (2012) de una condición ontológica del ser humano y sus múltiples relaciones con la naturaleza que se recrean permanentemente en su historia, esto es, la manera propia de constituirnos hombres y mujeres en relación con el mundo que estamos creando desde esta doble dimensión: biológica-cultural (p. 17). Los entramados culturales, son susceptibles de operar incluso en la manera como se ha naturalizado, por ejemplo, el papel social de las mujeres, atribuido a una construcción de género heteronormativa, que las sitúa como “cuidadoras por naturaleza” y por ende las asocia al espacio del hogar, responsables para muchos de la preservación de la tradición y la unión familiar. En este caso particular, deriva en diálogos en torno a los saberes y sabores en uso y en desuso alrededor de la tulpa o fogón y la cocina, espacio en el cual se supone que muchas mujeres podrían consolidarse como conocedoras y transmisoras de sensaciones, aromas, olores, texturas, sentimientos y significancias de orden simbólico, ritual e incluso

jerárquico, que tienden a incrustarse repetidamente en el accionar social.

En este escenario, la relación entre el poder y género adquiere una dimensión en la que se concibe que “se ha convertido en un sinónimo de las diferencias entre los sexos, ya sean éstas atribuidas o naturales” (Scott. 2008, 14), por eso debe ser pensado dentro de un entramado de significaciones naturalizadas, como una categoría que por ser asociada al sexo, pareciera evidente hasta el punto de dar por supuesto que los roles están determinados, incluso, un buen número de actividades de los hombres y las mujeres quedan sometidas a una división sexual del trabajo, la cual al ser asociada con la familia, llega a ser considerada como el modelo ideal, y se impone en el modelo económico neoclásico como parte de una externalidad, la cual evoluciona independientemente del sistema económico imperante.

Vemos entonces, que el mundo occidental, heredero y difusor del proyecto de la modernidad, la historia de la colonialidad del poder ha jugado un papel principal. Dicha afirmación se evidencia cuando al observar la realidad social percibimos que la identidad no es suficiente en la conformación de proyectos políticos de autonomía o libertad; ello amparado en las diferencias de raza, género, trabajo y otras. A fuerza de repetición se posicionan como verdades construidas socialmente, con lo que se moldean unos componentes alrededor de la búsqueda de control.

En palabras de Quijano (2007): (1) el trabajo y sus productos; (2) en dependencia del anterior, la “naturaleza” sus recursos de producción; (3) el sexo, sus productos y la reproducción de la especie; (4) la subjetividad y sus productos materiales e intersubjetivos, incluido el conocimiento; (5) la autoridad y sus instrumentos, de coerción en particular, para asegurar la reproducción de ese patrón de relaciones sociales y regular sus cambios (p. 123). Asumimos así, que “los espacios, trabajos y actividades que forman parte de los procesos de vida y reproducción no gozan todos del mismo reconocimiento social, sino que existe entre ellos un componente valorativo-jerárquico resultado de una larga tradición patriarcal” (Carrasco 2001, p.43-70). Al ser conjugado con las vivencias de la práctica alimentaria, especialmente en el caso de las mujeres, hace visible múltiples tensiones.

Tales tensiones son asociadas, por una parte, con la consideración de la esfera pública esencialmente asignada a la posición masculina, focalizada en lo sociopolítico y

económico, donde un desempeño pertinente conduce al éxito, al reconocimiento, al ejercicio del poder y a toda una gama de privilegios porque está destinada a satisfacer necesidades humanas independientes de quien las produce. La otra, en lo privado, respecto a la asociación con el ámbito doméstico o femenino, focalizado en el hogar, revela allí los aspectos íntimos y personales, las debilidades, los afectos, el cuidado, la delicadeza y la sumisión. Es así, como equivocadamente, se deduce que el rol femenino por su naturaleza íntima no suele implicar valoración social, o está ligado a representaciones sociales alrededor de actividades cotidianas, por citar un ejemplo, la práctica culinaria o la reproducción de tradiciones culinarias.



Vista de los alrededores de la casa de doña María y don José.
Gualmatán – Pasto, Nariño (Colombia, 2017).
Foto: Alejandra María Rodríguez G. (2017).

La sopa: evocaciones y memorias alrededor de la tulpa.

Una vez partió Doña María a la vieja casa, su esposo Don José, la alcanzó rápidamente para acompañarle. Ambos entraron a la cocina y empezaron a narrar sus historias alrededor de la tulpa. Al recordar los

momentos compartidos en el lugar donde fue su hogar por más de veinte años, doña María, con voz melancólica, relata que sus vidas giraban en torno al calor de hogar de la tulpa. Su esposo, Don José, quien siempre trabajó en las labores de la tierra, traía los alimentos que ella cocinaba. Cuenta que la persona que le vendió la casa, al mismo tiempo eran sus patrones —expresión utilizada por doña María—, venían a comer de lo que ella preparaba. La vieja casa nunca tuvo agua, ni luz ni drenaje, pero para Doña María y Don José, quien había perdido la audición de un oído, la morada tenía vida, por encima de las carencias que para ellos eran ganancia. Cada noche se reunían alrededor de la tulpa, conversaban sobre la cotidianidad y los planes del día siguiente, que en su mayoría giraban en torno a su futuro y la expectativa de las preparaciones de la dueña de casa.

Cada semana, Don José debía ir a Pasto, distanciado de su casa, entre dos y tres horas de camino a pie. En aquella época, el tiempo gastado por trayecto dependía de si “llevaba carga” o iba “sin ella”. Doña María señaló que esos fueron tiempos muy duros, comían lo que producía el campo y una parte de lo cosechado, era llevado por su esposo hasta Pasto, para venderla y comprar los otros alimentos y productos que requerían en casa. Él cargaba en la espalda aproximadamente cuarenta kilos de papa y regresaba con una carga similar de arroz, piloncillo y otros productos que no se producían en sus tierras. Muchos de sus utensilios para preparar la comida, estaban elaborados de barro y madera. La horquilla o aquello que fueron sus restos, aún se encuentran colgados del techo.

Silvia Rivera Cusicanqui (2010), nos indica que es posible tomar nuevas miradas y seguir un camino en el que la experiencia a partir de testimonios ayuda a preservar la memoria colectiva, pues revela cómo se pueden ir tejiendo puentes que traspasan las barreras de clase, cultura, edad, género y demás, dando lugar a que el diálogo fracture los estereotipos que congelan las relaciones interpersonales, permiten el contacto, y poco a poco se transforman en un proceso extensivo que da origen a un “nosotros” conocedor e intersubjetivo.

En esta reflexión resulta pertinente preguntarse: “¿qué papel juega en ello nuestra voz? ¿Qué efectos provoca nuestra escucha? ¿Cuánto puede alterar, desde su localización-distinta, a la voz que está escuchando? Y ¿cuánto ese sujeto no invade a su vez a la persona que escucha?” (Rivera. 2010, p.228). Este escenario la historia oral no se torna pasiva ni es lastimera, no encubre manipulaciones; más bien, hay un humilde y ambicioso propósito, en el que se vitaliza la escucha activa, compleja, con todas sus encrucijadas y matices, con risas, con llantos, con silencios, con gritos, con traumas, con dolores y con renaceres; todos ellos son sentires que dan vida a personas como las aquí mencionadas, de carne y hueso y con nombres propios.

Por consiguiente, los diálogos de Doña María y Don José, son susceptibles de considerarse como elementos del acervo inmaterial familiar, en este caso, vinculados con la difusión de experiencias, vivencias, imaginarios y evocaciones, en el campo alimentario gestado alrededor de la tulpá. A propósito de lo dicho, no es de extrañar que el hogar sea asumido por muchos como un espacio privado y la mujer se encuentre asociada directamente con su sostenimiento. Su existencia se fundamenta, en muchas comunidades, en generar servicios que se agotan una vez proporcionados y a los cuales no se les atribuye un valor o ganancia económica, supuestamente al no dejar productos visibles o rentables; mientras ocurre lo contrario con el espacio público, donde las evidencias y ganancias del accionar de los varones son palpables (el lucro de un sueldo periódico por su trabajo, el reconocimiento social de sus funciones, e incluso el valor de su voz y voto en la toma de decisiones).

Aquí se comprenden las razones para que Arendt (1998), diferenciara los conceptos de labor y trabajo, donde el primero, se encuentra relacionado con satisfacer necesidades básicas de la vida, -proporcionar seguridad, afecto y comprensión-, las cuales no dejan huellas ni pueden ser objeto de capitalización material, por eso suelen ser despreciadas como un medio para obtener reconocimiento social; entretanto el segundo, a cargo casi siempre del hombre, dan como resultado productos más duraderos, no suelen estar relacionados con quien los produce, ni tampoco a los ciclos repetitivos de las necesidades humanas que se atienden al interior del hogar.

Así, Ortner (1979) explicó que el lugar secundario dado a las mujeres; se debe a una consideración cultural que las

aproxima a la naturaleza. La dicotomía naturaleza/cultura no es neutra con respecto al género: la naturaleza toma un carácter femenino y la cultura se ubica como lo que va más allá y domina la naturaleza, es decir, lo masculino. Michelle Rosaldo (En: Lamphere. 2014) agrega que la sumisión femenina es consecuencia de la división público/doméstico. Aquí la maternidad sería lo que confina a las mujeres al lugar de lo doméstico.

De tal división emana, la apreciación que aproxima a las mujeres a la naturaleza. Entonces, se produce y justifica una división sexual del trabajo que se incrusta en la construcción histórica, lo cual ha impulsado en gran medida y de forma natural, el supuesto de que la labor de las mujeres es simplemente un aporte básico subordinado al trabajo del hombre, e incluso obligatorio para que éstos puedan desempeñarse eficientemente. En este postulado, no se está tomando en cuenta que, sin la actividad de las mujeres, “la subsistencia del grupo familiar no hubiera estado nunca asegurada” (Carrasco. 2001, p.43-70).

Cuidar y mantener el espacio doméstico, generalmente por parte de las mujeres desde el punto de vista del modelo clásico, implica un costo oculto, difícil de cuantificar, de tal modo que resulta más sencillo externalizarlo, dando lugar a la no obligatoriedad por parte de la sociedad de asumirlo como deuda social, pero sí a exigir que continúen cumpliendo con tales tareas, como parte natural de su hacer cotidiano. No obstante, al brindarle a éstas el poder y relevancia para la constitución de procesos sostenibles a escala global, con el desarrollo de miradas alternativas, sería vital que tanto hombres como mujeres hicieran parte activa y mancomunada de la configuración de saberes y sabores, articulados con la cocina y el sostenimiento del hogar, por encima del aprovisionamiento de recursos.

Ahora bien, remitiéndonos al diálogo particular con doña María, en él prevalece su empoderamiento a escala doméstica de su hogar, lo cual nos recuerda las palabras de Toledo M. y Ortiz B. (2014) sobre que “la construcción del poder social comienza en la escala doméstica (...) Y es a escala del hogar, donde se ponen en práctica los principios básicos de la sustentabilidad”. Sin embargo, esta realidad no es un hecho casual, en el inicio del proyecto modernista y ahora mucho más con el fenómeno globalizador, la crítica con respecto al rol de género en la sociedad y la finalidad de ésta en función de los mismos seres humanos, se ha colocado en muchos casos al servicio del sistema imperante como recurso de capital; desde otra arista, la familia y las mujeres, son puestos al

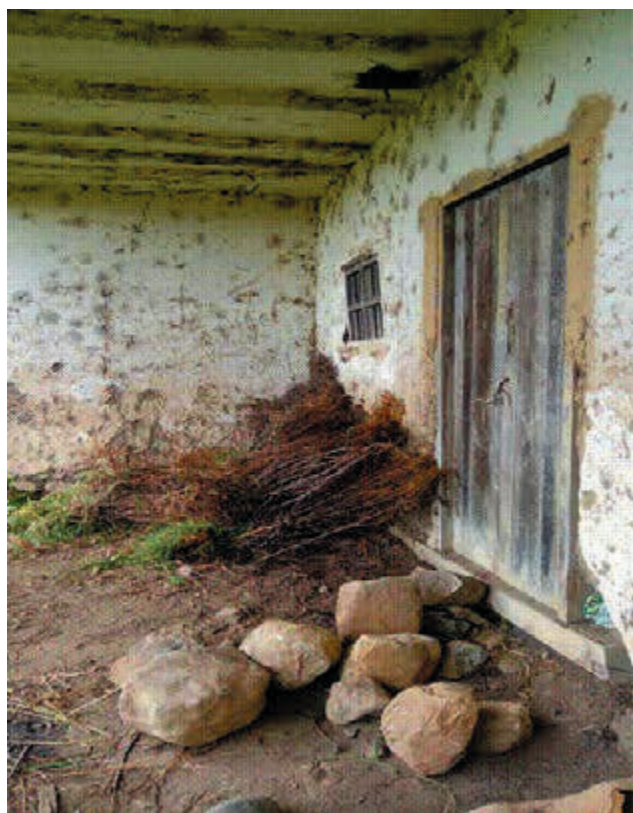
servicio del mismo modelo histórico homogenizante, inequitativo y hasta cierto punto discriminador.

Siguiendo a Gibson-Graham (2007) cuando enuncian que las mujeres están asociadas con el hogar no porque su base sea la casa y estén atadas ahí, sino debido a su papel inaugural y continuo en la creación de las políticas que sustentan la vida, ello nos remite en términos foucaultianos a la noción de biopolítica, equiparable a unos procesos por los cuales la conducta de una población se rige por las instituciones, agenciadas por discursos, normas e identidades, y por autorregulación, las técnicas de la disciplina y el cuidado de uno mismo (Ferguson y Gupta, 2005). Así, el argumento de Gibson-Graham está provisto de representaciones simbólicas.

Lo anterior, nos lleva a considerar que se habla de “portadoras” y “herederas de tradición” en el ámbito institucional, relacionado con el acervo histórico alrededor de los saberes y sabores de una región, como una forma imperativa de asignación de responsabilidades, lo cual se visibiliza no por su papel originario y continuo en la creación de las políticas que sostienen la vida, sino por el poder impositivo que las mismas estructuras de poder siguen legitimando en la esfera pública y privada. Así, por ejemplo, en el municipio de Popayán se concede un reconocimiento a las cocineras y artesanas llamado “El Cucharón de Roble”; el cual comporta la investigación etnográfica de las historias de vida de las portadoras y herederas de la tradición culinaria, y ello legitima su acervo acorde a la construcción de roles de género dados por sentido como espacio femenino, transmisible o perdurable en el tiempo.

Desde este punto de vista, la cultura alimentaria y la conservación de ciertas prácticas, están implícita o explícitamente relacionadas con el hacer en un ámbito instrumental y social, tomando en cuenta que, en la práctica culinaria se hace necesaria la implementación de una serie de artefactos, revestidos de procedimientos que involucran acciones netamente humanas.

Sumado a lo anterior, sería pertinente considerar la importancia de la reproducción de ejercicios de relevo generacional, donde en el plano material la cultura pasaría al ser heredada de acuerdo al contexto y carga moral, se encuentra expuesta a constante re-configuración, lo cual sería producto de las interacciones y las dinámicas sociales, políticas, económicas y ambientales de cada sujeto en contacto.



Casa de doña María y don José.
Gualmatán – Pasto, Nariño (Colombia, 2017).
Foto: Alejandra María Rodríguez G. (2017).

Preparaciones iniciales en medio de las relaciones de género y poder.

En el interior de la casa, se observaban todavía las paredes llenas de hollín, y una despensa ubicada en un pequeño altillo. Esa atmosfera evocaba la memoria guardada en las paredes y marcada en las huellas de lo que en algún momento fuera punto de calor y vida del hogar, pues según Don José, al sentarse en un bote con huellas de cemento y agrupar tres piedras, dice: “eso era la tulpa”, la cual sirve para soportar una olla al fuego. A su alrededor giraba la vida de la familia. En las tardes invernales, por ejemplo, doña María le esperaba con un “sango” —sopa de maíz y repollo—, o una sopa de olluco o zapallo que degustaban junto con la familia, mientras llovía o escampaba.

Doña María y Don José, con voz quebrantada, asintieron que su vida en esa zona, siempre estuvo llena de conocimientos del campo, lugar del cual provenía la mayor parte de su alimentación: papas, caspa o capia —maíz tostado—, huevo, gallina, panela,

se conjugaba con aquellos frutos que recogían o que semanalmente adquirían: lulo, mandarina y otros bichos.

Entre los platos que cotidianamente eran consumidos, se encontraban: la chara, que es un tipo de sopa espesa con maíz, el sancocho de gallina, la sopa de carantanta —derivada del maíz que se pega en la paila de cobre—, empanadas y tamales de pipián, torta de banano, envueltos de choco, así como el champús. Ocasionalmente llegaban a consumir carne de res o cerdo. El cuy, lo preparaban boquiabierto, para lo cual utilizaban formas de limpieza y conservación: el cuy era limpiado con ceniza y también con agua hirviendo, —en el caso del cordero la carne seca se reservada para la mujer embarazada, ésta era consumida en pequeñas raciones por ella—. En los embarazos, se procuraba que la mujer comiera más proteína animal, por lo que se sacrificaba un animal mediano. La carne se dejaba secar y se sazónaba para que pudiera conservarse. De esta manera, se implementaron tecnologías domésticas, en las cuales usaban humo, calor y salado para deshidratar la carne. Doña María, recordó que había comidas festivas, pero también las había para los momentos críticos, donde escaseaban los alimentos, o donde las condiciones del clima no les permitían abastecerse de productos suficientes.

El anterior relato supone considerar la injerencia de los términos del mercado en la vida de las personas, y a la vez hace pensar en el papel jugado por las mujeres en la economía familiar, en los procesos de seguridad y soberanía alimentaria, donde ellas articulan sus aportes y conocimientos básicos a la economía del hogar, uso apropiado de los escasos recursos, y la creatividad que entra en escena para alimentar a la familia creando salidas a dificultades de acceso a ciertos alimentos, o a la imposibilidad de adquirir algunos ingredientes o utensilios.

En muchos países de Latinoamérica, las mujeres optan por aportar ingresos y soluciones a las necesidades de sus hogares, acudiendo a la categoría de trabajo informal o rebusque, -pequeñas comerciantes, niñeras, lavanderas, empleadas domésticas, aseadoras, entre otros-, o en otro caso, algunas comparten sus labores del hogar con el cuidado de la parcela familiar o la finca, la constitución de empresas de tipo familiar, entre otros ejemplos.

No obstante, la contribución a la economía familiar de las mujeres, Carrasco (2006) considera que hasta cierto punto se desconocen sus aportes en “actividades absolutamente indispensables para el funcionamiento de estas sociedades y, por supuesto, para que continúe operando la economía mercantil”. Desde esa mirada, no solo en los países catalogados como en vía de desarrollo, sino incluso en los industrializados, la misma economía mercantil y globalizada, en argumentos de Benería (1999), privilegia la eficiencia en vez de a las personas y a lo social, en tanto, no se interesa con la misma relevancia en considerar, por una parte, dichos aportes ni promueve una interpretación pertinente de esos modos alternativos de trabajo, porque su informalidad es la que los dota de invisibilidad y, por otra, intensifica la feminización de una fuerza de trabajo barata destinada a la producción intensiva para el mercado global. En este engranaje discursivo, resulta oportuno retomar las palabras de Haraway (1984) cuando habla sobre la economía del trabajo casero fuera del hogar y sostiene que:

La nueva revolución industrial, está produciendo una clase de trabajadora en todo el mundo, así como nuevas sexualidades y etnicidades. La gran movilidad del capital y la cada vez mayor división internacional del trabajo se entretajan con la aparición de nuevas colectividades y con el debilitamiento de los grupos familiares. Estos hechos no son neutrales desde los puntos de vista de género y raza. Los hombres blancos en las sociedades industriales avanzadas son hoy muy vulnerables a la pérdida permanente de sus empleos y las mujeres no están desapareciendo de las listas de empleo a un ritmo igual que los hombres. No se trata únicamente de que ellas son, en los países del tercer mundo, la fuerza de trabajo preferida de las multinacionales de base científica que se ocupan de los productos para la exportación, especialmente la electrónica, ya que el cuadro es más sistemático y engloba a la reproducción, a la sexualidad, a la cultura, al consumo y a la producción (Haraway. 1984, p.21).

Sumado a la mediatización del prototipo de lo que significa ser mujer en el contexto actual, en relación con lo expresado, se encuentra el avance a escala global de las empresas transnacionales, acto que se justifica en favor, de la mercantilización e industrialización de la agricultura y productos destinados a satisfacer la economía de mercado, por encima de los requerimientos en los ámbitos

doméstico y local. Por su parte, el hablar de trabajo casero, concibe la integración de fábrica-hogar-mercado, bajo un nuevo paradigma de producción, siendo que los puestos de trabajo de las mujeres son preponderantes para su funcionamiento, desde esta arista, requiere un análisis pormenorizado respecto a diferencias entre las mujeres, así como a las relaciones entre hombres y mujeres gestadas en situaciones diferentes (Haraway, 1984). En este proceso, cobra fuerza su interrelación con la conceptualización de tecnología y su implementación para potenciar precisamente el funcionamiento del trabajo casero, donde ineludiblemente se incluyen las prácticas alimentarias.

A lo expuesto, se suma la feminización de la pobreza, que es un aspecto entrelazado con la naturalización del cuidado del hogar, el cual se asume debe estar en cabeza de la mujer, que se encuentra condicionada por "el desamparo del estado del bienestar, por la economía del trabajo casero en el que los empleos estables son raros, al tiempo que se mantiene por la suposición de que los salarios que ganan las mujeres no serán compensados mediante un aumento en los de los hombres dedicado al cuidado de los hijos" (Haraway 1984, p.22).

En el caso colombiano, esta feminización se manifiesta cuando las mujeres con menores niveles de educación sufren inequidades dentro del campo laboral, así, para el 2007 en promedio, 80% de las mujeres trabajadoras ganaban menos de dos salarios mínimos legales vigentes, y un salario mínimo mensual de la época \$436.00 solo alcanzaba para cubrir el 45% de la canasta familiar básica (Macías, 2012). Otro dato interesante a propósito, es que con la reforma laboral ley 789 de 2002, las mujeres disminuyeron gastos en educación, salud y vivienda, cuidado personal y ahorros. En contraste, "sus jornadas laborales se extienden por más de 16 horas al día, y se redujo en 25% el pago dominical de descanso. Las mujeres colombianas trabajan más y son más pobres. Sus jornadas se extienden sumando el trabajo doméstico no remunerado con la jornada laboral" (Macías 2012, p.1).

Aquí se demanda entonces, identificar con mayor claridad los aspectos en los cuales se apoya la alianza entre el capitalismo y el patriarcado, caso en el cual, no se podrán emancipar realmente los trabajadores sean hombres o mujeres, tampoco las comunidades y la naturaleza frente al abuso y la explotación, en tal sentido, este análisis no podrá "obviar la lucha contra las crisis económicas, los desastres ecológicos, la desnutrición y las enfermedades

El postre: aprendizajes y retos.

Los hijos fueron creciendo, se casaron y un día, ellos tuvieron la necesidad de abandonar la casa e irse a una nueva donde tuvieran mejores condiciones de vida. Luego de los hijos, llegaron los nietos y actualmente los bisnietos. Con el paso del tiempo, y la modernidad, llegaron nuevos hábitos con los cuales, la comida comenzó a complejizarse. Doña María y Don José recuerdan que esa vieja casa fue fundamental para consolidar el proyecto que como familia han tenido. Para ellos, fue importante poder darles educación a sus hijos, pues eso les permitió que mejoraran su calidad de vida. Varios de sus hijos tienen casas en la ciudad y otros más han emigrado lejos de su terruño; mantienen la comunicación de forma esporádica. Cuando se visita al pariente que ha emigrado, se le lleva un poco de la comida local, lo mismo sucede cuando vienen aquellos de visita, "traen pedazos de sabores de otras regiones", conformando incipientes intercambios y fusiones culinarias. En su actual domicilio, los esposos cuentan con luz, agua entubada y drenaje. Son servicios básicos a los cuales pudieron acceder hace más de una década; esto es considerado para ellos como un lujo, al recordar que anteriormente tenían que acarrear el agua desde los riachuelos cercanos. Con esto concluyó la conversación y se estableció un regreso, a ésta su tulpa y sus orígenes.

Desde la óptica de la interpretación antropológica los aspectos intrínsecos al papel de la mujer en la cocina se encuentran altamente naturalizados, por una sociedad construida bajo bases morales y jerárquicas según la construcción de unos roles de género específicos, confinándolas al cuidado del hogar y poniendo por encima de ellas mismas a los demás integrantes de la familia; en la práctica, ese condicionamiento también se refuerza por creencias, formas y estructuras altamente complejas, permeadas hoy con mayor ahínco por políticas del mercado, y formas comportamentales impuestas por modelos y prototipos alrededor del consumo. Igualmente, en 'el hacer' se entrañan formas propias de comportamiento de acuerdo a las jerarquías establecidas por las sociedades, donde al respecto, el relato de las mujeres y su natural vínculo con la familia, discurso que se promulgaba hace más de 60 años, sigue vigente en la

sociedad y de ello dan testimonio las siguientes palabras:

Lo primero que recuerdo haber probado y haber deseado probar de nuevo es aquella pelusilla entre gris y rosa que mi abuela iba extrayendo de una olla borbotante de mermelada de fresa. Me imagino que tendría yo entonces unos cuatro años. En aquella época, mucho más que hoy, las mujeres convertían en un ritual sus tareas domésticas. A veces era algo que se parecía mucho a un obstinado, aunque inconsciente martirio. Había un tiempo para esto y otro, definido de la misma forma, para lo otro. Casi todo esto ahora me parece raro, pero probablemente aquel ritmo ordenado proporcionaba una especie de emoción que vinculada la casa al paso del tiempo. Lo único que yo sabía sobre aquel procedimiento era que nosotros disfrutábamos de unas espléndidas comidas en el exterior de la casa, mientras mi abuela, mi madre y la cocinera trabajaban en una especie de concentración, inducida por alguna sustancia, en nuestra inmensa cocina oscura y se cansaban, se enfadaban, pero también se las veía curiosamente radiantes en su carrera contra el calor del verano y el proceso de podredumbre de la fruta (M.F.H. Fisher. 1954. 2015: p.369).

Esta cita revela orden, normas y representaciones sociales, traducidas en preparaciones, que han demarcado desde el nacimiento del fuego la práctica culinaria y la producción/consumo de alimentos, tanto a pequeña, mediana o gran escala. Para su funcionamiento, en el proyecto moderno, se vincula la industria gastronómica como una categoría donde prima la racionalidad occidental, en tanto aborda la categoría de lo moral, racional e incluso ambiental. Dietas por género, formas de disposición de los alimentos en las tiendas de cadena, formación de cocineros y cocineras a nivel profesional, agrupaciones de rescate y valoración de cocinas tradicionales, políticas públicas, entre otras.

Los postulados y anotaciones sobre el entramado de lo económico en la práctica alimentaria y en la ritualidad asociada a su consumo, se incorporan en el estudio de esta categoría como elemento fundamental para comprender las relaciones que median los procesos de intercambio culinario actual, así como el análisis de las rupturas que generan otras lógicas en torno a esta práctica. La tulpita "fogón", elemento conceptual provisionado de significaciones ancestrales, se vincula en el marco

de procesos de recuperación de memoria histórica y biocultural, donde de forma tangencial se visualizan estructuras de poder en torno a la cocina, el género y las múltiples dimensiones que tiene el desarrollo.

Por otra parte, el lenguaje e intencionalidad frente a la descripción del alimento, su relación con el concepto de clase, y las técnicas de cocina, de acuerdo con el relato, dejan entrever su andamiaje material, provisto de condicionamientos entrelazados al concepto de cultura y presente en la historia de Doña María y Don José, sumado a su estrecha relación con la relevancia que tiene para él y para ella el relevo generacional, así como la conservación de sus recetas, procesos y procedimientos, siendo aún la base de muchas de sus preparaciones.

Sus hijos, nietos y bisnietos, añorados y extrañados, siguen recordando saberes alrededor de los sabores y las historias que una y otra vez escuchan de sus padres, dos de ellos, hijo y bisnieto quienes esperaban la culminación del recorrido en la puerta del nuevo hogar de Doña María y Don José, con una sonrisa, se encontraban deseosos de tener noticias de aquella morada, tratando de recordar, especialmente el hijo, como alrededor de su tulpita lo subjetivo representado en los sentimientos, cobraba vida y traía a su presente momentos felices, sin embargo, visto desde un escenario objetivo, no sería un capital digno de acumular.

Desde el ámbito familiar, el relato y los postulados presentes en el texto, dejan apreciar el cambio que se ha tenido en las cocinas llamadas tradicionales, acción que se hace necesario documentar para la comprensión de la transición a las nuevas formas de producción, ocurrida al unísono de la instalación de la luz, el alcantarillado, la adquisición de electrodomésticos al espacio doméstico, entre otros, así como la incorporación de la triada fábrica-hogar-mercado, instaurada sutilmente en la legitimación de otras formas de explotación laboral.

De allí además se puede inferir, que resulte relevante considerar la perspectiva socioeconómica desde una mirada diferente, es decir, podría tomarse desde un enfoque feminista, por ejemplo, al tratar de profundizar en las distintas maneras de organización social y la forma en que éstas resuelven los problemas de sostenimiento de la vida humana, con el fin de visibilizar aspectos que suelen darse por sentados, pero que ocultan esquemas de dominación de fondo, en los que operan las relaciones de poder y control. En ello también cabe indagar hasta dónde llega la falta de equidad para el acceso a derechos

en medio de las relaciones: niño, hombre, niña, mujer, por citar algunos casos, los cuales deben repensarse a fin de construir una sociedad con equidad, justicia y responsabilidades equivalentes más allá de esquemas encasilladores.

REFERENCIAS / REFERENCES:

[1] Arendt, Hannah.(1998). La condición humana. Madrid: Paidós.

Ávila, Agustín y Luis Daniel Vázquez. 2012. Patrimonio biobultural, saberes y derechos de los pueblos originarios. Cuerpo Académico Patrimonio, Territorio y Desarrollo en la frontera sur de México. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales- CLACSO.

[2] Benería, Lourdes.(1999). "Mercados globales, género y el hombre de Davos". Revista La Ventana 10:7-41. <http://148.202.18.157/sitios/publicacionesite/ppperiod/laventan/Ventana10/ventana10-1-1.pdf>

[3] Blumberg, Rae Lessor. (1981). Stratification: Socioeconomic and Sexual Inequality. Boston. Citado por Haraway, Donna. 1991. "Manifiesto Cyborg". En: Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza. Ediciones Cátedra. Madrid.

[4] Carrasco, Cristina. (2001). "La sostenibilidad de la vida humana: ¿Un asunto de mujeres?". Revista "Mientras Tanto" 82: 43-70. <https://obela.org>

[5] Carrasco, Cristina. (2006). "La economía feminista, una apuesta por otra economía". www.obela.org

[6] Gibson-Graham, J.K. (2007). La construcción de economías comunitarias: las mujeres y las políticas del lugar. México: Harcourt y Escobar, Editores - UNAM.

[7] Haraway, Donna. (1991). "Manifiesto Cyborg". En: Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza. Ediciones Cátedra. Madrid.

[8] Harding, Sandra. (1996). Expresión atribuida a ella. Citada por: Carrasco, Cristina (2006). En: La economía feminista, una apuesta por otra economía. Documento electrónico: < <http://obela.org/system/files/CarrascoC.pdf>>. Acceso el 5 abril de 2017.

[9] Quijano, Aníbal. (2007). "Colonialidad del poder y clasificación social". En: El giro decolonial: reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global. Compiladores: Santiago Castro Gómez y Ramón Grosfoguel, 123. Bogotá: Siglo del Hombre Editores- Universidad Central, Instituto de Estudios Sociales Contemporáneos y Pontificia Universidad Javeriana, Instituto Pensar. Bogotá.

[10] Lamphere, Louise. (2014). Releyendo y recordando a Michelle Zimbalist Rosaldo. Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género. Dossier, Mora /20 (2014). 109-119. <http://revistascientificas.filo.uba.ar/index.php/mora/article/view/2336/2013>

[11] Ortner, Sherry. (1979). "¿Es la mujer al hombre lo que la naturaleza es a la cultura?". En Antropología y feminismo, editado por Olivia Harris y Kate Young. Anagrama, Barcelona.

[12] Scott, Joan Wallach. (2008). Género e historia. México: Fondo de Cultura Económica.

[13] Toledo M. y Ortiz B. (2014). Regiones que cambian hacia la sustentabilidad. Una geopolítica de las resistencias bioculturales. México: Universidad Iberoamericana Puebla.

